

Albert Recio Andreu

Chapapote polÃtico

I

Una contaminaciÃ³n de chapapote derechista contamina el mundo occidental. El â€œenunca mÃ¡isâ€• â€œque se planteÃ³ al final de la Segunda Guerra Mundialâ€œ se ha mostrado mÃ¡is como un buen deseo que como un salto estructural. De hecho no durÃ³ mucho, especialmente en los Estados Unidos, donde la caza de brujas consiguiÃ³ eliminar gran parte de las dinÃ¡micas progresistas que se habÃan desarrollado en torno al New Deal. Pero, durante un largo perÃodo, persistiÃ³ un aire reformista que en diversos momentos alimentÃ³ esperanzas de cambios mÃ¡is radicales. La contrarrevoluciÃ³n neoliberal significÃ³ un brutal cambio de ciclo. No sÃ³lo en lo econÃ³mico; estuvo tambiÃ©n asociado a un importante cambio cultural y comunicativo, en la vida laboral, en las formas de relaciÃ³n social. Un cambio que no fue sÃ³bito, que se ha desarrollado paulatinamente con sucesivas reformas, con cambios tecnolÃ³gicos, reestructuraciones productivasâ€¦ Que la crisis de 2008-2013 â€œque puso de manifiesto las miserias de las polÃticas neoliberalesâ€œ no generara un largo ciclo reformista y diera lugar a la implementaciÃ³n de alguna de las reformas mÃ¡is antisociales es una expresiÃ³n de cÃ³mo los cambios sociales y la densidad institucional generada por las polÃticas neoliberales habÃan conseguido neutralizar, aislar y debilitar a las fuerzas polÃticas y sociales que habÃan protagonizado la mayor parte de los cambios sociales. El declive electoral de la izquierda en casi todas partes es otro reflejo de estas transformaciones de largo plazo. Y el renacimiento de una â€œnuevaâ€• extrema derecha es otro. Un renacimiento que no sÃ³lo es patente en la emergencia de partidos manifiestamente ultras, sino que tambiÃ©n afecta a las formas y las propuestas de la derecha tradicional, rompiendo la posibilidad de pactos sociales y reforzando su vena autoritaria, anti-igualitaria, antidemocrÃ¡tica. En EspaÃ±a ya era visible en las polÃticas del Gobierno Aznar (especialmente en su segundo mandato), y no ha hecho mÃ¡is que agrandarse con la emersiÃ³n de Vox y la radicalizaciÃ³n del PP de Casado y FeijÃ³o.

No se trata de una simple vuelta al pasado, sino una versiÃ³n renovada de los proyectos clasistas, patriarcales y antidemocrÃ¡ticos. No es, salvo en algunos aspectos, un proyecto â€œefuerteâ€•, como eran las propuestas de nazis, fascistas y falangistas. Y, quizÃ¡s por ello, resulta mÃ¡is difÃcil de detectar para parte de sus vÃctimas potenciales. Sus puntos aparentemente mÃ¡is fuertes â€œcomo es el ataque a todo lo que ha representado revoluciÃ³n sexual: polÃticas de gÃ©nero, LGTBI+, moral sexualâ€œ pueden convertirse en su mayor debilidad. Ello porque en este campo ha habido un cambio social en profundidad; como estas posturas ideolÃ³gicas afectan a la vida de mucha gente, tienen un enorme potencial de revulsivo. Siempre he pensado que la crisis de la moral tradicional jugÃ³ un papel esencial en las movilizaciones del tardofranquismo, especialmente entre la poblaciÃ³n urbana. Pero, por muy agresivas que sean las polÃticas represivas, alimentadas por los sectores religiosos mÃ¡is reaccionarios, hay otras cuestiones relevantes que no pueden perderse de vista. De una parte, el nacionalismo cerrado que empieza por aplicarse a la inmigraciÃ³n irregular se transmite al conjunto de la poblaciÃ³n de origen forÃ±eo. Sirva de ejemplo la respuesta de la reciÃ©n elegida alcaldesa de Ripoll, una versiÃ³n catalana del neofascismo global, al recordÃ¡rsele que la mayor parte de las ayudas sociales van a parar a personas de nacionalidad espaÃ±ola: inmediatamente

respondiÃ³ que â€œesÃ¡, pero muchos son Ã¡rabes reciÃ©n nacionalizadosâ€•.

La nueva derecha es neoliberal en varios sentidos: dejar que los negocios funcionen sin restricciones (excepto cuando se trata de que el estado promueva negocios en beneficio de determinados grupos), destruir todas las regulaciones que acotan los costes sociales de la empresa privada, defender un consumismo sin complejos. Y, por tanto, representa una reacciÃ³n a todo lo que el ecologismo pone en cuestiÃ³n del actual modelo econÃ³mico. El peligro principal es que esto conecta directamente con las pulsiones vitales de mucha gente: con los fanÃ¡ticos del automÃ³vil, con los agricultores que ven cuestionadas las prÃ¡cticas predatorias, con los intereses del sector turÃ©sticoâ€¡ Gente que ve atacado sus intereses particulares y que ahora se siente arropada por el discurso irracional de esta derecha.

Y esta derecha es sin duda autoritaria, pero va a practicar un autoritarismo selectivo, en algunos casos brutal pero en otros sofisticado (como estÃ¡ ocurriendo en Madrid con el cierre de centros cÃ¡vicos para impedir que la â€œmala genteâ€• se reÃºna). En una sociedad donde nunca se ha desarrollado una cultura democrÃ¡tica de base es fÃ¡cil que prosperen este tipo de maniobras. Y que esta derecha pueda practicar, impunemente, su polÃtica de recorte selectivo, clasista, patriarcal, racista, xenÃ³foba, antiecolÃ³gica.

II

El chapapote ya ha llegado masivamente a nuestras â€œcostasâ€•. Lo hizo el 28 de mayo con el triunfo del tÃ©ndem PP-Vox en gran parte del paÃs. Y lo ha seguido haciendo con la posterior toma al asalto de ayuntamientos, parlamentos y gobiernos autonÃ³micos. Una parte de la contaminaciÃ³n ya estÃ¡ avanzada.

Queda por ver sÃ­ la brutalidad de sus primeras acciones y el temor a sus anunciadas polÃticas de derogaciÃ³n de reformas sociales provoca una movilizaciÃ³n en contra que frene su acceso al Gobierno. A estas alturas, y visto el fracaso de las anteriores encuestas electorales, parece un objetivo difÃcil de conseguir. En gran medida porque el tÃ©rico electorado de izquierdas estÃ¡, en parte, desmovilizado de forma estructural.

Y, aunque al final la actual coaliciÃ³n de gobierno y sus aliados consiga la mayorÃa parlamentaria, la situaciÃ³n serÃ¡ todo menos estable. La razÃ³n principal es que, en el mejor de los casos, entraremos en una fase de doble poder, con un Gobierno controlando el Estado central y una oposiciÃ³n derechista atrincherada en la mayorÃa de las autonomÃas y grandes ayuntamientos. Que puede dejar en papel mojado la aplicaciÃ³n de muchas de las polÃticas estatales, como ya se estÃ¡ percibiendo en el caso de la ley de vivienda, la ley de educaciÃ³n, etc. Los ganadores suelen contar a su favor con la rÃ¡pida â€œconversiÃ³nâ€• a sus postulados de parte del personal pÃºblico que siempre antepone sus intereses profesionales al ejercicio de su dignidad. Lo vivimos en Catalunya cuando se aplicÃ³ el 155 y la resistencia pasiva fue nula. Y parece que ya estÃ¡ empezando a suceder en aquellas Comunidades en la que desembarca la derecha.

La situaciÃ³n actual tiene otra derivada peligrosa. En Catalunya y Euskadi, donde es imposible que triunfe el dÃ©o PP-Vox, el nuevo mapa autonÃ³mico y polÃtico posibilita el retorno de alguna variante del discurso rupturista, basado en el â€œEspaÃ±a es cada vez mÃ¡s fascista y nosotros somos demÃ³cratasâ€•, â€œla independencia es la Ãºnica posibilidad de alejarnos de esta deriva

autoritariaâ€•. Ello se traduciÃ³, sobre todo, en nuevas versiones de la retÃ©rica independentista, que sirven tanto para tener entretenido al personal como para tapar todos los males de la propia gestiÃ³n, que sirven, como ya ha ocurrido en Barcelona, para frenar cualquier Gobierno de izquierda que exige inevitablemente la participaciÃ³n de ERC (aunque la historia es siempre mÃ¡s complicada y fue el PSC el que creÃ³ mÃ¡s dificultades para que en Barcelona tuviÃ©ramos un tripartito â€œprogresistaâ€•). Una tensiÃ³n soberanista que tambiÃ©n se traduciÃ³ en la relaciÃ³n de un hipotÃ©tico gobierno de izquierdas en Madrid con sus potenciales aliados.

No se trata de un mal trago coyuntural. Estamos ante un proceso de largo alcance, que estÃ¡ teniendo lugar en muchos paÃses. Y para el que las apelaciones a la vieja amenaza fascista no parecen adecuadas. Porque se trata de una nueva versiÃ³n a la vez sofisticada y simple del viejo reaccionarismo social. Porque los mecanismos tradicionales de intervenciÃ³n no acaban de funcionar. Estamos obligados a reaccionar, reflexionar y encontrar vÃas de intervenciÃ³n en tiempos cortos. Aunque posiblemente vayamos a tener que afrontar plazos largos de resistencias diversas.

III

La concreciÃ³n de Sumar, en el tiempo rÃ©cord que impuso la decisiÃ³n de Pedro SÃ¡nchez de convocar elecciones en julio, deberÃ¡ considerarse un relativo Ã©xito. Por primera vez en mucho tiempo, un amplio abanico de izquierdas, de ecologistas, de nacionalismos progresistas, acuden juntos a una convocatoria electoral. Con un programa reformista que ha tratado de engarzar las preocupaciones bÃ¡sicas de cada ciudadana y ciudadano corriente. Y con un liderato que al menos puede presentarse con la autorÃ©a de las mejores reformas de la pasada legislatura.

Esta es la parte positiva. En lo negativo estÃ¡ el ruido, excesivo, con el que se ha acompaÃ±ado el proceso. No sÃ³lo generado por algunos lÃderes, como Pablo Iglesias, sino por toda una masa de seguidores de los diferentes bandos siempre mÃ¡s motivados para marcar diferencias que para construir colectivamente. Es difÃcil saber el efecto que tendrÃ¡n estas peleas en el prÃximo envite electoral. En contra pueden pesar otros factores, especialmente que una parte del electorado, ante el temor de un triunfo de la derecha, decida desplazar su voto hacia el PSOE, como ya ha ocurrido otras veces. Y lo peor es que unos malos resultados vuelvan a abrir las tradicionales querellas que tienen casi siempre efectos devastadores para el conjunto.

La izquierda alternativa padece de males endÃ©micos. Uno de sus sÃntomas se expresa en un comportamiento electoral espasmÃ³dico. SÃ³lo es capaz de alcanzar buenos resultados cuando antes ha habido una oleada participativa y se han renovado lÃderes. Esto es lo que ocurriÃ³, sobre todo, en el perÃodo 2015-2019, cuando el impulso generado por el 15-M y las protestas contra los recortes, y la emergencia de nuevos liderazgos emparentados con las mismas, abriÃ³ unas expectativas que cristalizaron en la llegada de los â€œAyuntamientos del cambioâ€•, y la mayor presencia parlamentaria de esta izquierda en todo el perÃodo democrÃ¡tico. El actual Gobierno de coaliciÃ³n, y alguna de sus reformas, son herederas de este perÃodo. El problema reside en que estas fases de euforia colectiva duran poco, la presencia institucional nunca se traduce en cambios radicales en la vida de la gente, la labor institucional dificulta el contacto con las basesâ€¦ Y la euforia se traduce, segÃºn casos, en desencanto, desapego, abulia electoral. Que los Comuns en Barcelona hayan conseguido mantener una relevante cuota de representaciÃ³n tras ocho aÃ±os de gobierno municipal y unas campaÃ±as inclementes de acoso

por todas las vías posibles (similares a las que han padecido los líderes de Podemos o, en su tiempo, Julio Anguita) deberán contabilizarse como un éxito. Ahora hemos entrado en un claro período de desgaste, producido tanto por la fuerte actividad institucional como por el debilitamiento de los movimientos sociales. Y, aunque la lógica electoral obliga a proclamar que se aspira al Gobierno, el objetivo alcanzable deberá ser el de la consolidación institucional, aumentando la presencia institucional.

Para tener éxito, la izquierda transformadora necesita trabajar en diversos espacios. Uno, el institucional, desdeñado por los puros, los que ningún logro vale la pena como su revolución pendiente. Este espacio permite introducir reformas, políticas que realmente mejoran la vida de la gente, aunque sea de forma marginal. Otro es el de los movimientos sociales, las instituciones de base, lo que permite entender cómo funcionan las cosas, arraigar en la base social, favorecer la emergencia de activistas, provocar dinámicas de movilización que contribuyan a crear los climas que hacen posibles los avances. Y un tercero el de producción cultural, en un sentido amplio que va desde la conexión con la mejor ciencia hasta la capacidad de desarrollar intervenciones que favorezcan tomas de conciencia, que generen racionalidad donde dominan los prejuicios y las noticias falsas, que promuevan la creatividad social. Son espacios diferentes, cada cual con sus lógicas y sus limitaciones. Que requieren un abordaje político y organizativo sofisticado y que exigen contar con personas y recursos que habitualmente escasean.

Esta complejidad tiene, además, el efecto añadido de la dificultad real de provocar una transformación profunda de un sistema social de elevada complejidad, consolidación institucional, sofisticada maquinaria cultural y que cuenta con una base social suficientemente amplia que se beneficia de altos niveles de consumo y de relativa libertad individual. Si todo ello no bastara, si todo el funcionamiento social no estuviera marcado por líneas de ruptura de clase, género, etnia, por la diferente percepción de la crisis ecológica, está además la persistencia de estructuras nacionales que compiten y dificultan el desarrollo de procesos sociales universales. Las revoluciones tradicionales eran, relativamente, procesos mucho más simples. Y mientras la izquierda siga ensimismada con las batallas del pasado, con todo el respeto y el reconocimiento que merecen, con todo lo que se puede aprender, seguiremos sin encontrar vías, seguramente lentas, de transformación social efectiva. Lo peor de todo es que el no reconocimiento de la complejidad favorece que también entre la izquierda florezcan comportamientos individuales más dedicados a poner el dedo en el ojo ajeno, a desmovilizarse a la primera de cambio, a detectar desviaciones, que a promover la tenacidad, la capacidad de comprensión, la empatía que exigen las políticas de cambio.

IV

El próximo resultado electoral es incierto. Pero lo que es seguro es que, en todo caso, estaremos envueltos en una ofensiva derechista de gran calado. En el peor de los casos experimentaremos alguna variante de estos regímenes pseudodemocráticos que indican tendencia. Que exigen un enorme esfuerzo de resistencia, trabajo social, cultural, político. Y, por eso, más allá de la movilización electoral, lo que hay que abrir es un ambicioso proyecto social que genere densidad social y política a las mil y una respuestas que tendremos que dar. Y esto exige de partidos y movimientos sociales un esfuerzo de reflexión y de acción que exigen como condición básica generar confianzas, solidaridades, nexos. El chapapote invade nuestras vidas. Solo se puede combatir con trabajo colectivo, con buen rollo.